

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS  
POETA ROMÁNTICO

DICE AZORÍN: “Dos notas capitales caracterizan el movimiento romántico: una el individualismo vehemente, ensoñador; otra la tendencia realista, en oposición a la frialdad, la rigidez, la monotonía del clasicismo. Por esas dos características resaltan—anticipándose a la revolución romántica—los versos de nuestro poeta (Jovellanos)”.

Y en efecto, la personalidad de Jovellanos se destaca vigorosamente en la literatura del siglo diez y ocho por el fervor que pone en su ideal de reforma, por su expresión directa y atrevida, por su convencimiento absoluto, por su aguda sensibilidad y porque no contento con la literatura convencional de su siglo inicia una nueva orientación estética en las letras castellanas. Poeta de delicado sentimiento, anuncia desde sus balbuceos líricos su sistema poético en el cual la emoción va a ser como un fuego limpio en los calderos ya gastados de la retórica:

Mis versos mal limados,  
mis versos bien sentidos. . . .

Toda sensibilidad exquisita va necesariamente a la tristeza, o por lo menos a la melancolía dulce que nadie sabe donde nace ni por qué. A veces, al ver pasar el raudo desfile de los días, el poeta se torna introspectivo y suspira por las primaveras idas y por las horas tristes que se acercan:

La triste edad rugosa,  
la edad de afán y llanto. . . .

Fué Jovellanos “leal y constante en la amistad, sensible y compasivo a los ajenos males” de modo que al encontrarse lejos de su patria amada su serenidad patriarcal se enturbia y deja correr su triste lloro:

Lloro, es verdad, negártelo no debo;  
lloro la ausencia de mi triste patria,  
de mis caros penates, de mis pocos  
fieles amigos, y de todo cuanto  
mi corazón amaba, y reunido  
colmo era de mi gloria y mi ventura. . . .

Más de una vez penas de amor le entristecieron; él, que en su virtud sin tacha y en su recio carácter se creía escudado y aconsejaba a sus débiles amigos que despreciaran el encanto de unos ojos bellos para dedicarse a ensalzar la religión y los nobles hechos de los héroes, fué cogido en las redes de esos mismos ojos. La bella Clori amada de nuestro poeta era evidentemente una mujer coqueta y frívola; coqueta porque a veces acepta los juramentos del amado y otras desconfía de ellos; frívola porque otorga y se arrepiente en el eterno juego del amor, y después pretende que esté contento su poeta:

*A Clori*

Sentir de una pasión viva y ardiente  
todo el afán, zozobra y agonía;  
vivir sin premio un día y otro día,  
dudar, sufrir, llorar eternamente.  
Amar a quien no ama, a quien no siente,  
a quien no corresponde ni desvía;  
persuadir a quien cree y desconfía,  
rogar a quien otorga y se arrepiente;  
luchar contra un poder justo y terrible,  
temer más la desgracia que la muerte;  
morir en fin de angustia y de tormento,  
víctima de un amor irresistible;  
ve aquí mi situación, ésta es mi suerte;  
Y ¿aun pretendes; cruel! que esté contento?

Dejando a un lado el nombre que nada significa, ¿no es este soneto de corte modernísimo? El corazón desnudo del poeta está en este soneto que anuncia una manera estética especial, muy favorecida más tarde por los representantes del Romanticismo. Para acentuar la melancolía del poeta Clori cae enferma “de agudo mal” y está “doliente y afligida.” El “corazón enfermo” del amante “tiembla asustado” al contemplarla:

*A la misma*

De agudo mal el golpe no esperado  
asusta, Clori, tu preciosa vida,  
y al mirarte doliente y afligida  
mi enfermo corazón tiembla asustado.

Dos veces con influjo porfiado  
 ejerce el mal su saña enfurecida;  
 una turbando mi alma dolorida,  
 otra afligiendo tu ánimo angustiado.  
 ¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia  
 del mal sentimos ambos de consuno,  
 cuál, dime, sufrirá mayor martirio,  
 tú, en quien se ceba la cruel dolencia,  
 o yo, que todo el mal siento importuno  
 de tu misma dolencia y mi delirio?

Por este don de lágrimas y suspiros pudo llamarse a sí mismo Jovellanos

culto prosista  
 lagrimaniaco en melena. . . .

Jovellanos siente la Naturaleza íntimamente, como los mejores poetas del Romanticismo. Verdad es que todavía hace chirriar la tremenda máquina mitológica pero ya el paisaje se humaniza y se concreta, y adquiere la novedad que lo hizo triunfar por sobre las descripciones insípidas de los pseudoclásicos. Este dulce poeta prefirió los campos abiertos a la ciudad:

Te alejó de la gran naturaleza.  
 A la antigua ciudad volviste y ora  
 vas confundido entre su necia turba,  
 triste cruzando las hediondas calles,  
 do el viejo muro y nuevos techos niegan  
 entrada al sol y libre paso al viento. . . .

Algunas veces su paisaje se nos ofrece en una forma abstracta pero expresado con vocablos sencillos y directos:

La pompa vegetal tendida al viento  
 en árboles frondosos o en mil flores  
 y plantas, ricamente derramada  
 por los abiertos campos y colinas, . . .

en tanto que otras—y es por esto que no tiene nada que envidiar a los románticos del siglo siguiente—observa todos los detalles con ojo realista y nos da cuadros perfectamente individuales:

Do con incierto giro serpentea  
 el arroyuelo que del monte cae  
 sonando, y de su margen tortuosa  
 las tiernas camamilas salpicando. . . .

Vemos aquí al arroyuelo que no lleva curso directo sino “incierto” y que “cae” del monte, y no baja, “sonando”; y su margen está florida de camamilas y no de flores, que habría dicho otro poeta de su tiempo. Luego nos hablará de “las copas de los tiernos chopos,” de las “agostadas hojas, que, revolando, bajan en lentos círculos al suelo,” del “Lozoya, famoso por su pesca y por sus dulces aguas,” de “los frondosos álamos que crecen sobre el verde margen del claro río,” y que “al cielo ya erguidos alzan las plateadas copas, o ya sobre las aguas encorvados, en mil figuras, miran con asombro su sombra en los cristales retratada.” Luego nos dirá que en sus momentos de melancolía “encamina sus inciertos pasos a un bosque umbrío, tan ameno y delicioso, que es, en su silencio, la mansión más a propósito para un triste.” Y allí

La grata soledad, la dulce sombra,  
 el aire blando y el silencio mudo  
 mi desventura y mi dolor adulan.

En su famosa epístola “Jovino a sus amigos de Sevilla” un continuado tono de elegía se une a una descripción matizada y tenue del paisaje. La naturaleza y su corazón se compenetran y no se sabe si la tristeza es inmanente o trascendente. Se aleja el poeta de la ciudad maravillosa con

el corazón cubierto  
 de triste luto, y del contino llanto  
 profundamente aradas las mejillas. . . .

Muy atrás va quedando el sacro Betis que en tiempos más felices

eras centro feliz de mis venturas;  
 centro do, mal mi grado, todavía  
 me detienes las prendas deliciosas  
 de mi constante amor y mi ternura. . . .

Se va alejando el coche lentamente, trotan las mulas por el camino polvoriento azuzadas por la voz dura del mayoral, suenan las campanillas y chasquea el látigo, rechina el eje y saltan las ruedas y así van pasando por las pequeñas aldeas de Andalucía.

No hay nada que alegre sus momentos; su dolor le lleva "triste y mal parado," va de tal modo abatido que nada puede volver el gozo a su alma angustiada. Es en vano que la naturaleza le ofrezca su fiesta de frutas y colores; los ojos del poeta resbalan por el encanto del paisaje, lánguidos de melancolía; nada halla luz de gracia ante sus ojos:

Ni los alegres campos, del otoño  
con las doradas galas ataviados,  
ni la inocente y rústica algazara  
con que hace resonar los hondos valles  
la bulliciosa juventud, que roba  
del padre Baco los opimos dones;  
ni en las verdes riberas los rebaños,  
do con las llenas ubres de su madre  
juega balando el tierno corderillo,  
ni las canoras aves por el viento,  
ni en su argentada margen, por mil giros  
serpeando el arroyuelo murmurante,  
ni toda, en fin, la gran naturaleza,  
en su estación más rica y deleitosa,  
le causa algún placer al alma mía!  
En vano se presentan a mis ojos  
la ancha y fecunda carmonense vega,  
ora de sus tesoros despojada,  
la orilla del Genil, ceñida en torno  
del árbol a Minerva consagrado,  
donde ya el pingüe fruto bermejea. . . .

Tan profunda es su tristeza que sus ojos están ciegos,  
solo abiertos para el llanto, y por todas partes

descubren solo un árido desierto,  
y esles molesta hasta la luz del día.

No puede hallarse una justificación más lógica que ésta a la teoría romántica que asegura que el paisaje no es más que un estado de alma. A pesar de todo lo bello del mundo el poeta sólo ve paisajes grises, propicios a sus ojos tristes. Señala pues este poema un estado de alma especial en la lírica española no sólo por la sutil "saudade" de que está empapado sino por el sentimiento de abandono y de íntimo fracaso que experimenta el poeta en medio del mundo combativo y violento. Su maligna estrella

llévale a corta edad a que se engolfe  
en alta mar, donde el continuo embate  
de afanes y vigiliass, de ti ausente,  
su vida a un tiempo y su ventura acabe.  
Llévale a sepultar su triste llanto  
en lejana región, sólo habitada  
de pechos insensibles, do no tienen  
la compasión y la piedad manida.

Necesita consuelo este poeta, necesita la piedad de dos manos suaves de mujer o la palabra del amigo bondadoso; se siente perdido en la fiesta de la vida. Este deseo de humanidad, esta flaqueza anímica, este hermoso egoísmo del poeta nos hace pensar en Lamartine y en Musset, y luego en Bécquer, y más tarde en Verlaine, cuatro románticos insuperables.

Y como estos cuatro poetas del sentimiento puro amó Jovellanos la soledad. Su descripción del Paular<sup>1</sup> contenida en su espístola "Fabio a Anfriso," es un elogio de la soledad y una crítica severa al bullicioso mundo. En ese santo asilo busca amparo el poeta contra "los contrarios vientos, los escollos y las fieras borrascas," y al no encontrar la paz que anhela su corazón exclama:

De afán y angustia el pecho traspasado  
pido a la muda soledad consuelo,  
y con dolientes quejas la importuno.  
Salgo al ameno valle, subo al monte,  
sigo del claro río las corrientes,  
busco la fresca y deleitosa sombra,  
corro por todas partes y no encuentro  
en parte alguna la quietud perdida.

En el Paular, en medio de árboles frondosos, verdes de día con el sol, plata de noche con la luna, contemplando el largo curso del río que se perdía entre los montes, Jovellanos se vuelve más contemplativo y místico. Nada mejor que los siguientes versos expresará su estado psicológico:

Una y mil veces  
dichoso el solitario penitente,  
que, triunfando del mundo y de sí mismo,  
vive en la soledad libre y contento!  
Unido a Dios por medio de la santa  
contemplación, le goza ya en la tierra. . .

<sup>1</sup> Antiguo monasterio de cartujos, en la provincia de Segovia.

El sol y la luna son temas líricos favoritos de Jovellanos.

El sol le da

las horas transparentes  
de clara luz vestidas. . .

y le emociona cuando precipitado

sobre las cristalinas  
occiduas aguas caigas  
con luz más blanda y tibia. . .

No estará de más recordar cómo los cantores que se inspiraron en el sol fueron infinitos en la época del Romanticismo en toda Europa.

Cuando leemos los poemas que Jovellanos dedicó a la luna creeríamos hallarnos frente a un poeta del siglo diez y nueve. Nos dice por ejemplo que la luna va

vestida  
de suaves resplandores. . .

y que se aleja por los cielos

con paso tan callado. . .

y luego generosa de su luz y de sus fulgores

los derrama sin orden  
por las desiertas playas,  
por los medrosos bosques. . . .

La luna adquiere en la poesía de Jovellanos el milagroso prestigio de ser madrina de los enamorados, papel que desempeña a través de todo el Romanticismo:

Sé una vez sola generosa y pía  
con dos amantes que tu gracia imploran;  
Sélo, contigo, y las doradas luces  
tímida oculta.

Es Jovellanos poeta eminentemente nacionalista; el relajamiento de las costumbres de su tiempo le repugna, las grandes epopeyas españolas le inspiran verdadero entusiasmo. Verdadero ciudadano del siglo enciclopedista elogia el progreso y se queja del abandono de los campos:

Campos sin árbol, seto, ni edificio,  
plagados de amapola y jaramago,  
y aguas, bueyes y brazos sin oficio.

A los poetas que no interpretan la gestación del siglo les aconseja abandonar el artificio y los afeites y convertirse en verdaderos cantores españoles. Así, al comprender que Meléndez Valdés va descarriado, le dice:

arroja a un lado  
el caramillo pastoril, y aplica  
a tus dorados labios la sonante  
trompa para entonar ilustres hechos.  
Sean tu objeto los héroes españoles,  
las guerras, las victorias, y el sangriento  
furor de Marte. Dinos el glorioso  
incendio de Sagunto, por la furia  
de Aníbal atizado, o de Numancia,  
terror del Capitolio, las cenizas.  
Canta después el brazo omnipotente,  
que desde el hondo asiento hasta la cumbre  
conmueve el monte Auseba, y le desploma  
sobre la hueste berberisca, y suban  
por tu verso a la esfera cristalina  
los triunfos de Pelayo y su renombre,  
las hazañas, las lides, las victorias  
que al imperio de Carlos, casi inmenso,  
y al Evangelio santo un nuevo mundo  
más pingüe y opulento sujetaron.

Y le señala otros héroes y otros temas: Hernán Cortés, el golfo catalán en furia contra Luis y su nieto, la guerra civil que el pueblo hispano opuso al alemán soberbio, y dando una segura lección de Romanticismo aconseja poner en escena

al inmortal Guzmán, segundo Bruto,  
inmolando la sangre de su hijo,  
de su inocente hijo al amor patrio.

Temas son éstos que ponen de relieve el gran interés naciente por la edad media y que justifican su valor al ser aprovechados por casi todos los grandes escritores del Romanticismo desde Martínez de la Rosa hasta Zorrilla.

Jovellanos vió mejor que nadie la degradación del teatro

de su tiempo, "los vicios indecentes que manchaban la escena española. En vez de exaltar el falso pundonor, el duelo, el rapto, los amoríos torpes fraguados contra el desvelo paternal los poetas deberían calzar el coturno trágico y elevarse a temas nobles.

¡Ah, vea alguna vez el pueblo hispano  
en sus tablas los héroes indígenas  
y las virtudes patrias bien loadas!

Y no sólo la tragedia es digna de sus voces sino que también pueden bajar

al zueco humilde  
y describir con gesto y voz picantes  
las costumbres domésticas, sus vicios  
y sus extravagancias. . . .

Sin embargo, estos poetas necesitan modelos en que inspirarse. ¿Dónde irán a buscarlos? ¿A Grecia, a Italia, a Francia? No, que en todos reina el vicio licencioso y la impudencia." Los poetas no deben ser ni imitadores de los clásicos ni de los pseudoclásicos sino que deben volver los ojos a la antigua comedia española

do las burlas  
y el chiste nacional yacen en uno  
con la modestia y el decoro aliados.

Éste es el rumbo que deben seguir y en él encontrarán infinitos tesoros. El teatro será así "escuela de costumbres inocentes, de honor y de virtud. . . ." ¿Puede exigirse una profesión de fe romántica más concreta? ¿No fueron estas mismas ideas las que profesaron en Alemania Schlegel y los otros escritores de su generación? Yo me atrevería a decir que Jovellanos es un precursor mucho más definido que Martínez de la Rosa, que pasa por ser el primer romántico de España.

Encontramos en nuestro poeta la descripción pintoresca y detallada. Ni siquiera evita los detalles desagradables para expresar la verdad. Es el color local que aparece en nuestra poesía:

Y llevé hasta León mi correría.  
De allí vi ya horizontes más abiertos,  
y aún también más ajenos de conhorto,  
pobres, incultos, rasos y desiertos;  
hombres tristes, de oscuro y sucio porte,  
casas de barro, calles de inmundicia,  
pueblos en fin, sin dicha ni deporte. . . .  
De áboles no hay que hablar; éste es un coco  
que asusta al propietario y al labriego,  
y a quien los planta le apellidan loco;  
"los habrá, dicen, cuando venga el riego."

Con la misma precisión y abundancia de rasgos pintorescos nos describe Jovellanos sus caracteres. He aquí uno sobriamente descrito:

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas  
de pardomonte envuelto, con patillas  
de tres pulgadas afeado el rostro,  
magro, pálido y sucio, que al arrimo  
de la esquina de enfrente nos acecha  
con aire sesgo y baladí?

Después de informarnos de lo que sabe el tal señor nos dirá de dónde sacó tan preciosa educación como tiene:

Debióselo a cocheros y lacayos,  
dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,  
de su niñez perennes compañeros;  
más sobre todo a Pericuelo el paje,  
mozo avieso, chorizo y pepillista  
hasta morir, cuando le andaba en torno.  
De él aprendió la jota, la guaracha,  
el bolero, y en fin música y baile.  
Fuéle también maestro algunos meses  
el sota Andrés, chispero de la huerta,  
con quien, por orden de su padre, entonces  
pasar solía tardes y mañanas  
jugando entre las mulas.

Prosiguiendo con la descripción de su tipo nos da luego entusiastas y movidos cuadros de la vida del hampa:

De ti aprendió a reírse de sus padres,  
y a hacer al pedagogo la mamola,  
a pellizcar, a andar al escondite,  
tratar con cirujanos y con viejas,

beber, mentir, trampear, y en dos palabras de ti aprendió a ser hombre, y de provecho. Si algo más sabe, débelo a la buena de doña Ana, patrón de zurcidoras, piadosa como Enone, y más chuchera que la embaidora Celestina. ¡Oh cuánto de ella alcanzó! Del Rastro a Maravillas, del alto de San Blas a las Bellocas, no hay barrio, calle, casa ni zahurda a su padrón negado. ¡Cuántos nombres y cuáles vido en su librete escritos! Allí leyó el de Cándida la invicta, que nunca se rindió, la que una noche venció. . . . .

Allí el de aquella siete veces virgen, más que por esto, insigne por sus robos, pues que en un mes empobreció al Indiano, y chupó a un escocés tres mil guineas, veinte acciones de banco y un navío. . . .

Hasta los vocablos mismos tienen el sabor picaresco de los pueblos de España y se convierten en apropiados medios de expresión local:

Le untó con meloja  
la lengua y pulmón,  
y para que un día  
cantase de amor,  
en vez de su lira  
le dió un guitarrón. . . .

Con aire gitano  
ladino y chuscón,  
la buena ventura  
Urania le echó.

Un fuerte realismo da vida y movimiento a la poesía de Jovellanos. Ya hemos visto como su vocabulario señala una renovación vigorosa en favor de lo popular y de lo regional.

Su realismo se manifiesta todavía por un cierto equilibrio de sus facultades creadoras que, dejando latente su entusiasmo, le impiden lanzarse a exagerados entusiasmos, a éxtasis nebuloso. Contrariamente a la mayoría de los

escritores de España, Jovellanos armoniza su criterio crítico con su lirismo creador. Sin tener un gusto literario refinadísimo nunca cae en los prosaísmos habituales de su tiempo. Veamos con qué naturalidad nos describe la belleza de una mujer:

Su frente hermosa y grave,  
sus rosadas mejillas,  
la nariz bien labrada,  
la boca bien partida.

. . . . .

La ceja vuelta en arcos  
y el cabello en sortijas.

En una ocasión critica a un supersticioso que va continuamente buscando su horóscopo en las estrellas y le dice que el destino del hombre no depende de las constelaciones sino de la voluntad del hacedor. Parecidas palabras de Feyjoo causaron una de las discusiones teológicas más entretenidas de su siglo. Su poesía satírica más ligera está empapada de gracia y de finura. Veámoslo en este "Epigrama":

Pregúntame un amigo  
cómo se habrá de hoy más con las mujeres;  
Y yo a secas le digo  
que, bien que en esto hay varios pareceres,  
ninguno que llegare a conocellas,  
podrá vivir con ellas ni sin ellas.

Su realismo se deleita en presentar tipos populares y en aplicarles su sátira eficiente. Ya es Alcinda que

olvidando su orgullosa suerte  
baja vestida al Prado, cual pudiera  
una maja con trueno y rascamoño,  
alta la ropa, erguida la caramba,  
cubierta de un cendal más trasparente  
que su intención, a ojeadas y meneos  
la turba de los tontos concitando.

Ya interpretando toda la tendencia de una época dirá:

Ya la notoriedad es el más noble  
atributo del vicio, y nuestras Julias  
más que ser malas, quieren parecerlo.

A veces se nos anuncia como naturalista atrevido y recio: Alcinda una esposa *non santa* llega de albada al aposento donde duerme el marido:

Entra barriendo con la undosa falda  
la alfombra; aquí y allí cintas y plumas,  
del enorme tocado siembra y sigue  
con débil paso, soñolienta y mustia,  
yendo aún Fabio de su mano asido  
hasta la alcoba, donde a pierna suelta  
ronca el cornudo y sueña que es dichoso.  
Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio  
erupto le perturban. A su hora  
despierta el necio, silencioso deja  
la profanada Holanda, y guarda atento  
a su asesina el sueño mal seguro.

Podrían señalarse como características románticas su amor a la libertad, su odio a los franceses, manifestado en una recia "Oda," su canto guerrero a los asturianos, cuya forma acaso sirviera a Espronceda como fuente de inspiración. Su traducción libre del primer canto del *Paraíso Perdido* señala sus preferencias poéticas, que por cierto no eran pseudoclásicas.

Hay, sin embargo, dos razones mucho más rotundas para declarar a Jovellanos poeta romántico. Una es su humanitarismo socialista, a la manera de Rousseau, la otra su poesía lúgubre, tenebrosa, macabra a veces. El amor universal es su utopía:

del hombre  
he aquí el más digno y provechoso estudio:  
ya ornada ver la gran naturaleza  
por los esfuerzos de la industria humana,  
varia, fecunda, gloriosa y llena  
de amor, de unión, de movimiento y vida.

La guerra, las miserias, los odios le amargan hasta la muerte. Él sueña con la futura edad de oro en que los hombres cansados de duelo y lágrimas vivan en santa paz, en mutua unión fraterna. Llegará un día en que se odie a la guerra y al que la provoque se apellidará de bárbaro, se le perseguirá y se le arrojará de la comunidad. La propiedad,

"este detestado nombre, que nunca tuvo razón de ser, que ha causado tantos males," tendrá también su fin en la república del poeta. Habrá tal transformación en el mundo que

nueva generación desde aquel punto  
la tierra cubrirá, entrambos mares;  
al franco, al negro etíope, al britano  
hermanos llamará, y el industrioso  
chino dará, sin dolo ni interese,  
al transido lapón sus ricos dones.  
Un solo pueblo entonces, una sola  
y gran familia, unida por un solo  
común idioma, habitará contenta  
los indivisos términos del mundo

Y ahora los campos no se verán ya más regados por inocente sangre, ni turbará su quietud el incendio ni el robo; estamos en la república ideal y allí "todo es común"; allí no hay colonos que cultivan la tierra para los capitalistas ni marineros que busquen, rebeldes y miserables, piedras preciosas en lejanos mares, por mandado de un despreciable millonario. Allí no hay orfebres ni plateros que sacrifiquen sus vidas en oscuros talleres para tallar las joyas de los poderosos. Todo es común: el afán, el reposo, la pena, la alegría; el trabajo es ley sagrada para todos, todos parten contentos su dulce fruto. Allí hay una sola moral, un solo culto, fundados en la unión y la caridad y los hombres felices entonan el himno de adoración universal. ¿Estamos escuchando a un poeta de España del siglo diez y ocho o a un comunista de 1926? Las teorías igualitarias han existido siempre pero vale la pena oírlas en boca de un poeta lírico de la España teocrática.

En su himno "Al sol" Jovellanos nos habla ya de

las sombras, las mentidas  
fantasmas y los sustos

con que tal vez algunas de sus noches se turbaron. Más tarde nos habla de "un templo en ruinas que yace a la orilla del Tormes; este templo está ahora habitado de agoreros buhos y medrozas lechuzas, en torno de él crecen

dañosas yerbas y altos y fúnebres cipreses; las Lamias celebraron en este templo su infame junta cuando la noche andaba en la mitad de su carrera y su manto tenebroso cubría el soñoliento mundo; todo era oscuridad, que hasta la luna había retirado su faz del cielo por no ver el sortilegio nefando; el horror y el silencio hacían más medrosas las sombras." He aquí un cuadro que envidiaría cualquier romántico exaltado para hacerlo servir de base en una tragedia espeluznante. Jovellanos se aproxima a lo macabro cuando dice:

de la tierra salieron redivivos  
los fríos huesos que de luengos días,  
del humanal vestido ya desnudos  
allí dormían.

Festines de brujas desmelenadas, versos y palabras de ensalmo, jugos de yerbas misteriosas para causar hechizos, abracadabrantés filtros, venenos fulminantes, toda la maquinaria cabalística que los románticos tomaron de la edad media se encuentra en la poesía de este poeta. Veamos cómo las malignas hechiceras corren por el templo y

del sombrío suelo mil dañosas  
plantas recogen con siniestra mano,  
y misteriosos ritos arrancadas.  
También allí prestó la cruda envidia  
su auxilio, y en sus palmas estrujando  
las hojas y raíces, hizo luego  
que destilasen los dañosos jugos.  
¡Cuánta virtud en ellos se escondía!  
El zumo de la fría adormidera,  
cortada su cabeza al horizonte,  
que infunde a veces el eterno sueño;  
el de la yerba mora, que altamente  
el cerebro perturba: el hyosciamo,  
y el coagulante jugo que destilan  
heridas las raíces misteriosas  
de la fría mandrágula, allí fueron  
diestramente extraídos, y con nuevo  
ensalmo derramados sobre el polvo  
de los humanos huesos. Mientras una  
de las sagas volvía y revolvía

el preparado adormeciente lodo,  
sacó la Envidia del cuidadoso pecho  
tres relucientes nóminas, con rasgos  
de roja y venenosa tinta escritas.

En la epístola de "Fabio a Anfriso," y al describir los claustros del Paular, tiene Jovellanos frases y figuras netamente románticas. Nos dice el poeta "de los medrosos claustros," "de una escasa luz cuyo distante y pálido reflejo guía sus inciertos pasos," del horror y del silencio, de "pavorosos tránsitos." Ante este paisaje silencioso y lúgubre siente el poeta el pavor de lo inenarrable:

mi corazón palpita, en mi cabeza  
se erizan los cabellos, se estremecen  
mis carnes, y discurre por mis nervios  
un súbito rigor que los embarga.

Estas dos últimas cualidades líricas más cierta suavidad de estilo y sentimiento que le hacen modernísimo dan a Jovellanos un puesto de avanzada entre los precursores del Romanticismo español del siglo diez y ocho.

ARTURO TORRES-RIOSECO

UNIVERSITY OF TEXAS